

EL CONDE DE HAPSBURGO.

(SCHILLER.)

En Aix-la-Chapelle y en gótica sala,
En medio á los nobles vestidos de gala,
Está el rey Rodolfo, nuevo emperador.
Se cubre la mesa de ricos manjares :
De largo interregno tras guerras y azares
La paz, la justicia, renacen desde hoy.

Varon respetable del Rhin palatino
Los platos le sirve, y escancia al rey vino
Un príncipe eslavo en copa gentil.

Rindiendo al monarca respetos y honores
Están á sus lados los siete electores,
Y el pueblo en los patios se agolpa feliz.

Se mezcla á los gritos de inmenso contento
Que lleva á la sala confusos el viento,
El són de la ronca trompeta marcial.
Cesó ya el imperio feroz de la espada;
Respira la tierra; se ve rescatada
Del yugo ominoso de fuerza brutal.

La aurífera copa tomando en su mano,
Al pueblo y los nobles miró el soberano
Y, afable el semblante, así les habló:
“Espléndida fiesta mi trono inaugura,
Y en ella de dicha insólita y pura
Se siente inundado mi real corazón.

“Mas no entre nosotros el bardo aparece
Que con sus cantares el júbilo acrece,
Al par que lecciones severas nos da.
Del gusto de oírle, que á todos prefiero
Desde simple conde, privarme no quiero
Agora que ciño diadema imperial.”

Y he aquí que hasta el centro del coro brillante
De nobles y reyes, gentil el talante,
La lira consigo, llegó el trovador.

Envuelve sus formas un manto profuso;
La edad el cabello cual nieve le puso;
La luz del ingenio su frente guardó.

—“Encierra en sus senos del bardo la lira
La voz del contento, la voz que suspira,
Que enciende en amores, que exalta el valor,
Y á esferas remotas sublima las almas:
Tú tienes virtudes y glorias y palmas.
¿Cuál canto es el digno de tí, emperador?”

Rodolfo responde:—“No quiero dar leyes
Al bardo á quien oyen y acatan los reyes
E inspiran tan solo la luz, la verdad.
Es libre, espontáneo del bardo el acento
Cual trino del ave, cual nota del viento:
Cantad, buen anciano; teneis libertad.”

Hiere el poeta las cuerdas
De su lira y esto canta:
“Iba persiguiendo al ciervo
Un noble por la montaña.

“Palafren de largas crines
Blanco y erguido montaba:
Paje que venablos lleva
Le sigue á corta distancia.

“Al encaminarse al valle,
La nota argentina y clara
Oyó de una campanilla
Que al lejos suena con pausa.

“Venerable sacerdote
Revestido de su alba,
Lleva el Viático á un enfermo
Infeliz de la comarca.

“Se quita el sombrero el conde
Y del caballo se baja,
Y se arrodilla devoto
Adorando la Hostia Santa.

“Corria al traves del valle,
Entre los juncos y zarzas
Que sus márgenes coronan,
Arroyo de turbias aguas.

“El sacerdote en la orilla
Detiene un punto su marcha;
Recoge el talar vestido
Y sus piés luego descalza.

—“¿Qué vais á hacer?—dijo el conde,
No sin sorpresa mezclada
De respeto.—A un moribundo

Llevo el manjar de las almas.

“La recia avenida el puente
Destruyó en la madrugada:
Voy á atravesar el rio
Por esta parte mas baja.

“Su caballo el conde acerca
Y hace con dignas palabras
Que lo acepte el sacerdote
Y parta en él sin tardanza.

“Mientras, el noble piadoso,
Con agilidad estraña,
El potro del paje monta
Y en pos de fieras se lanza.

“Llama el cura á su castillo
A la siguiente mañana;
El corcel consigo lleva;
Las riendas de seda y plata

“Pone en las manos del noble
Y agradecido le habla;
Mas éste dice al instante:
—No quiera Dios que en la caza

“Vuelva á usar irreverente

O en el campo de batalla
 Palafrén que ha conducido
 Tan alta y divina carga.

“Si guardarlo no quereis
 Para vos en vuestra cuadra,
 Empleadlo en el servicio
 Del culto en estas comarcas.

“Yo á mi Criador lo ofrezco
 Por quien tengo dichas altas,
 Salud, riquezas, honores,
 Cuerpo, aliento, vida y alma.

— “El Ser Supremo que escucha
 Del mendigo la plegaria,
 En ésta y en la otra vida
 Os dé merecida paga.

“Sois un señor poderoso
 Conocido en las montañas
 Por vuestra bondad: seis hijas,
 Tipo de belleza y gracia,

“El cielo os dió. ¡Puedan ellas
 Traer un día á vuestra casa
 Seis coronas cuyo brillo
 Dure en épocas lejanas!”

El cántico escucha Rodolfo; su frente
 Se inclina hácia el pecho: pensó vagamente
 En cosas y días de un tiempo que fué.
 Con ojos atentos al bardo examina,
 La luz del recuerdo su mente ilumina,
 Y en él al ministro católico ve.

Commuévase entonces hallando el sentido
 De aquesas palabras que ya se han cumplido,
 Y lágrimas dulces inundan su faz:
 Y miran los nobles en este monarca
 Que cetros, coronas y dichas abarca,
 Premiada del conde la antigua piedad.